
Política en red y democracia virtual: la cuestión de lo público

Mireya Lozada *

Ciber-sociedad, ciber-espacio, ciber-ciudadanos, homo digitalis, comunidades virtuales, redes telemáticas, e-democracia, e-elections, politica.com. El discurso glorificador de las nuevas tecnologías, del progreso electrónico, saluda a la sociedad post-industrial. Gore, desde la vicepresidencia norteamericana, anunciaba “la nueva era ateniense de la democracia”. Internet garantiza la democracia interactiva, virtual, planetaria, directa, por sondeo y votación electrónica. Las grandes corporaciones exaltan las virtudes del espacio público global: convivialidad, transparencia, igualdad y libertad.

Frente a tal perspectiva que se erige en una sociedad “ordenada” en torno a la lógica del mercado, cabe preguntarse: ¿se trata de un nuevo espacio democrático? ¿Constituye un escenario alternativo de lo público, de lo social, de lo político, o constituye un espacio-límite a la idea de sentidos compartidos y proyectos colectivos? ¿Permite la red la construcción intersubjetiva de un espacio público democrático? ¿No es un ciudadano privado aquel de la red? ¿Qué forma toma la apropiación y significación de lo político entre los internautas?

Problematizar estas y otras cuestiones supone acercarse al concepto de espacio público, noción central de las teorías contemporáneas de la democracia y su estrecha vinculación con los viejos conceptos de poder, razón, legitimidad, autonomía y voluntad política, entre otros reconsiderados en estos tiempos de crítica al proyecto de la modernidad y a su legitimación racional.

* Doctora en Psicología. Coordinadora de la Unidad de Investigación en Psicología Política. Instituto de Psicología. Universidad Central de Venezuela. <e-mail: mlozada@reacciun.ve>

Sin detenerme a profundizar en torno a las conceptualizaciones liberales de espacio público, ante el cuestionamiento de una esfera pública o la borrosidad de las fronteras entre lo público y lo privado, me interesa discutir aquí algunos ejes críticos en torno a las posibilidades democratizadoras del ciberespacio y los límites de una esfera pública en la red, a partir de una serie de inquietudes surgidas luego de “navegar” en las redes de opinión política que emergieron en Venezuela en el marco de la convocatoria a la Asamblea Nacional Constituyente, multiplicadas a lo largo del convulso y polémico gobierno de Hugo Chávez¹.

Ciber-espacio: ¿espacio público democrático?

“Ala hora actual, Internet sólo beneficia a los individuos instruidos y relativamente holgados económicamente: 88% de los internautas viven en los países industrializados, que en su conjunto apenas representan el 17% de la población mundial. Las personas conectadas en el sentido literal del término, disponen de una ventaja aplastante sobre los pobres que no tienen acceso a esos medios y en consecuencia sus voces no pueden ser escuchadas en el concierto mundial (...). Las redes mundiales agrupan a los que tienen los medios y silenciosamente, casi imperceptiblemente, excluyen el resto” (PNUD, 1999).

La crítica a la desigualdad de acceso y asimetría de fuentes de información en las redes virtuales es quizás la que ocupa mayor visibilidad en el debate actual en torno a sus “virtudes” democratizadoras². Este debate refiere más o menos directamente a la problemática tríada democracia-poder-comunicación; a las posibilidades y limitaciones de la masificación de Internet; a la urgencia de crear o fortalecer formas de comunicación, organización y educación ciudadana que permitan un uso crítico de las redes; a la necesidad de establecer mecanismos reguladores y criterios éticos en la difusión de información; a su rol como promotoras de cambio social o animadoras socioculturales; a su articulación con otros medios; o la creación de espacios alternativos, locales y/o regionales, como aquellos que se han ido generando paralelamente a las grandes transnacionales de TV, video, cine, radio.

Gobernabilidad, participación ciudadana, poder, ciudadanía, democracia, desarrollo, son algunas de las múltiples opciones en el menú de conectores hipertextuales, que remiten a eventos, artículos y debates que abordan críticamente el impacto de las nuevas tecnologías de la información en el ámbito público, y cuestionan la ilusión de la democracia virtual. Encontramos redes telemáticas de pueblos indígenas, proyectos de telecentros y comunidades virtuales que buscan impulsar la acción colectiva y el fortalecimiento de los actores sociales³, sin hablar de los grupos de resistencia a la globalización, a la mundialización (Seattle, Washington, Praga), que han utilizado los mismos espacios de la red para difundir sus posiciones. Al respecto, advierte Halimi (2000: 27), “los ciberresistentes deberían

ser conscientes de un triple riesgo: aquel de tratar con ligereza la cuestión del lugar pertinente de la acción comunicativa (empresa, Estado, planeta, comunidad...), aquel de confundir las personas de fácil contacto con aquellas que tendrían mayor interés en otro mundo y en fin, aquel de descuidar el imperativo de la organización y de ver resueltos sus proyectos de transformación social en un océano de iniciativas prontamente abortadas”.

Las perspectivas democratizadoras de la red van mas allá de la discusión referida a la división social entre los que tienen y no tienen Internet, de la accesibilidad de “todos”, en una aparente e implícita compensación de los desequilibrios entre info-ricos e info-pobres. La reflexión acerca del acceso a la tecnología debe acompañarse del análisis de las relaciones de desigualdad y subordinación, de sus efectos de dominación y consumo en el actual orden económico mundial.

Un elemento aún más importante que la conectividad técnica en la actual divisoria digital es, a juicio de Castells (2001), la capacidad educativa y cultural de su utilización. Capacidad que está asociada a las diferencias de origen económico, familiar, educativo, cultural, regional.

La democratización equivale a garantizar las condiciones socioeconómicas y culturales que fortalezcan el poder grupal, antes que la multiplicación de los tradicionales territorios de exclusión de grandes sectores de la población y la expansión de la influencia ejercida por la nueva clase virtual (Kroker y Weinstein, 1994), compuesta por los magnates de las industrias de cine, televisión, videojuegos, empresarios, científicos y otros sectores que participan en el ciberespacio, como extensión del poderío económico, militar y cultural norteamericano o europeo.

La socialización político-ideológica operada por las teletecnologías informacionales no produce, como a veces se pregona, el desarrollo de una educación sustitutiva a la escuela, ni constituye una inserción cultural efectiva en el espacio urbano. Estas no son mediaciones simbólicas (ciencia, arte, leyes), cuyas posibilidades de gozo no pueden estar dissociadas de las condiciones mínimas de existencia; ellas constituyen mediaciones culturales (Sodré, 1999) sustentadas sobre un seductor universo que simula las operaciones socializantes del mercado de consumo, del mercado de la información.

Las mediaciones introducidas por estas tecnologías no se limitan al campo de la economía, donde han transformado el modelo de empresa y de capital (Castells, 1999). Ellas extienden su acción a la elaboración de representaciones sociales en el seno de las ciber-comunidades. El inmenso potencial de participación que se atribuye a la realidad virtual presupone representaciones compartidas. Son estas representaciones una condición no solamente a la comunicación, sino a la permanencia y fortalecimiento de estas redes comunicantes.

Si la democracia representativa no es una democracia directa en el sentido de una asamblea permanente de ciudadanos, la red tampoco convoca su participación

activa. Aún cuando ellas multiplican de manera exponencial la masa de información disponible, la desigual difusión y apropiación de la información tiene consecuencias sobre la conformación de instancias plurales de comunicación y debates. Las funciones participativas, deliberativas, representativas y decisionales de un espacio público democrático son difícilmente visibles en el agregado de opiniones, de intercambios rápidos, puntuales y privados que se realizan en la red. Lo que está en juego no es la cantidad de información disponible, sino la capacidad de opinar, debatir argumentaciones diversas y contradictorias, y decidir responsablemente sobre el mundo en común.

En esta visión crítica del ciberespacio considerada por Lévy (1997) “una versión narrativa paranoica, tercermundista o europea”, que presenta a la red como extensión del imperio norteamericano, también destacan los intentos de sensibilizar a los dirigentes económicos y políticos hacia la comunicación digital en gran escala.

Internet ha sido considerada como el germen de la sociedad civil de Telépolis (Echeverría, 1999), como una ciudad informacional (Castells, 1995; Mathias, 1997), ciudad a distancia que define un nuevo espacio de interacción, que cuestiona las formas clásicas de organización social basadas en la territorialidad, presencialidad y proximidad, desbordando las fronteras geográficas y políticas.

Sin embargo, son limitados los ejemplos de democracia local en las ciudades digitales: Digital City, la ciudad digital de Amsterdam, el programa Iperbole en Bolonia y la red ciudadana de Seattle (las dos primeras atraviesan actualmente etapas de crisis). En general, los gobiernos, las administraciones y partidos políticos se limitan a exponer información pública sobre la red. El debilitamiento de la práctica interactiva cotidiana con sus ciudadanos, que se ha venido debilitando en los espacios políticos tradicionales, se replica en Internet a través de la producción unidireccional de información por parte de los partidos, quienes obtienen y difunden publicidad dirigida a votantes potenciales, quedando los ciberciudadanos como referencia metafórica.

La verdadera democracia electrónica consiste para Echeverría (1999) en fortalecer al máximo, gracias a las formas de comunicación interactiva ofrecidas por el ciberespacio, la expresión y elaboración de los problemas de las ciudades por los propios ciudadanos, la autoorganización de las comunidades locales, y la participación en las deliberaciones por parte de los grupos verdaderamente afectados.

El sujeto de la red

La presencia en ese espacio de las comunidades interactivas virtuales sólo es verificable por la huella que dejan los usuarios, es decir, por su opinión en un foro o por su respuesta a una encuesta. El sujeto es siempre una entidad remota que

sólo se manifiesta por los signos que deja, por su rastro textual en una breve opinión personal. En general, son escasas las señas de identidad individual, y lo que cada cual es supone toda una estrategia del ocultamiento. De allí que los foristas virtuales adopten un apelativo como modo predilecto de identificación. Los menos comunes utilizan nombre y apellido. Se ignora si son reales o apócrifos, pero dan la impresión de identidad, de responsabilidad, del sujeto “concreto”, localizable, definible, aquel de quien se puede decir que “da la cara” dentro del juego de identidades de usuarios anónimos, condición propicia para la libertad de opinión. El ser anónimo habla libremente porque las respuestas no son recibidas por él, sino por una suerte de Otro a quien se dirige la réplica.

Los foristas virtuales son seres cuya identidad se reduce a una denominación accidental, que prescinde de cualquier otro referente: edad, género evidente, nivel socioeconómico, nivel educativo, pertenencia institucional, etc., aunque en ocasiones alguna página pide a los visitantes una serie de datos sobre sí mismos, con los cuales construye un perfil de usuario típico⁴.

Una de las principales transformaciones en el ciberespacio es la que se verifica en los procesos identitarios. La identificación habitualmente situada en un referente cultural, corporal, espacio-temporal, geográfico-político, se trastoca en la estructura de este espacio y la multiplicidad de interacciones allí establecidas.

Junto con el “poblamiento del yo”, debido al vértigo de la multiplicidad ilimitada, la profusión de identidades parciales y la variedad e intensidad de relaciones establecidas, la sociedad actual experimenta, según Gergen (1991), la “saturación del yo”.

Se trata del yo sin nosotros, el yo sin el Otro. Manifestación paradójica del yo propio de la sociedad informacional. “Una sociedad estructurada cada vez más en torno a la oposición bipolar entre la red y yo” (Castell, 1999: 29). Un ser aislado que, idéntico a sí mismo, entiende a los otros y a su mundo social como lugares para la realización de sus logros privados. En realidad, más que un poder que encarna el ejercicio de lo común, en forma visible y abierta, los sujetos del ciberespacio se repliegan en los territorios “privados” de redes más o menos clandestinas.

Además de la ruptura de la unicidad identitaria, la ausencia del prójimo y la alteridad (Virilio, 1997: 46-47) constituyen otra área problemática de la telepresencia: “los retrasos tecnológicos que provoca la telepresencia tratan de hacernos perder definitivamente el cuerpo propio en beneficio del amor inmoderado por el cuerpo virtual, por este espectro que aparece en el “extraño tragaluz” y en el espacio de la realidad virtual. Ello entraña una considerable amenaza de pérdida del otro, el ocaso de la presencia física en beneficio de una presencia inmaterial y fantasmagórica”.

Apesar de los dispositivos (captadores, sensores, teledetectores) diseñados para “sentir” a través de la realidad virtual, el rol del cuerpo, como forma de condición humana de comunicación, queda excluido en la tecnosubjetividad que

construye el ciberespacio. Así, queda relegado el valor del cuerpo social, cuerpo comunicante, presencia física explícita, intensa y persistente como espacio de lucha, que se manifiesta especialmente en sociedades donde las movilizaciones por la defensa de derechos humanos, por la conquista de espacios políticos, culturales, de justicia e igualdad, dejan al descubierto múltiples formas de exclusión, violencia y represión sociopolítica. Toma así cuerpo y tangibilidad la acción social, traducéndose en una acción política visible que reivindica el carácter simbólico de las prácticas sociales y defiende la ética de la responsabilidad construida colectivamente.

Hacia la tensión entre los cuerpos inexistentes, invisibilizados del ciberespacio, y aquellos hiperpresentes en el culto al cuerpo de la sociedad contemporánea, apunta Cardoso (1999: 50) al interrogarse: ¿siempre hemos sido cyborg? “El cyborg pareciera ser el punto de culminación de esta ontología, heredera del proceso simbiótico entre el hombre y la técnica característica de nuestra civilización”.

Esta reorganización entre individuos y fronteras tradicionales, entre lo real/virtual, lo humano/no humano, imagen/realidad, que aparece tratada como “descentramiento del sujeto” en la literatura sobre posmodernidad, podría también considerarse dentro de la lógica del intercambio de objetos, significados y sujetos del individualismo contemporáneo, “modo dominante de producción de intersubjetividad” (Tellez, 1996: 154).

¿Qué es lo público?

Probablemente la respuesta a esta cuestión es aquella que interroga: ¿qué es lo privado en nuestra actual y escapadiza realidad? Entre una y otra cabe el mundo, o al menos esa parte de él que refiere a la problemática relación entre el sujeto, el Otro y su historia.

Repensar lo público, lo privado en el espacio virtual, pasa entonces por reconsiderar la alucinación consensual de la matriz informática de la cual hablaba Gibson. Pasa por un intento comprensivo del tipo de relaciones, normas y reglas implícitas que estimulan la participación individual y la acción grupal al interior de un espacio que es puramente simbólico.

El ciberespacio es paradójicamente un no-espacio, en el cual circulan informaciones, imágenes, sonidos, textos y máscaras (espectros y fantasmas). Aun cuando forma una capa abstracta, en el diseño del ciberespacio uno de los principios que más cuenta es su “visibilidad”. La interactividad telemática requiere de una estructura donde se establecen las redes de interrelaciones a distancia, que son garantizadas por los grandes satélites de comunicaciones. Además de Internet existen otras redes que conectan altos mandos militares, financieros, empresariales, policiales (Red Milnet, Red Swift, entre otras).

Las características del homepage de diferentes sitios de interés político⁵ muestran una variedad de diseños y clichés gráficos dirigidos al tipo de público usuario de cada página, pero en su mayoría mantienen una definición del interés: “Internet marketing”, como reza el slogan. Incluso algunas remarcan su meta: “alcanzar los objetivos comunicacionales y de venta establecidos por el cliente”.

Estas características no sólo permiten obtener una idea de la configuración de las páginas, sino que constituyen los componentes estructurales de este nuevo espacio público. El ágora electrónica propone formas de encuentro que requieren de una armazón compuesta por opciones en un menú y por links o conectores hipertextuales. Si se tiene algún interés dialógico inmediato, se hace click en *chat*; si es mediato, se hace click en *foro*; si es impersonal y de corto aliento, se hace click en el sí o no de una encuesta, y así sucesivamente. Paralelamente, la capacidad interactiva del usuario encuentra el “libre” acceso a banners comerciales que invitan al consumo de toda una miríada de objetos: libros, discos, software, moda, etc.

Más que la integración o la recuperación del sentido de lo colectivo frente a la fragmentación y atomización provocada por el mercado, la opinión política expresada en foros y otras modalidades virtuales refuerza el mercadeo electrónico, el marketing político, la asimilación entre política y mercado. Mediatización y despolitización se generan y legitiman mutuamente (Ferrás, 1997).

Son las categorías mismas de la modernidad, legado de los ideales de democracia y acción histórica, las que están en proceso de resignificación. Se trata de la resemantización de la esfera pública monopolizada por la publicidad, el mercado y los medios. No se trata del modelo ilustrado de espacio público, lugar de formación de opinión de un público soberano y autónomo. La opinión pública se expresa en los sondeos, chats, foros y conexiones virtuales rápidas y efímeras, agregado de opiniones e intercambios puntuales y privados, expresión de la fragmentación y velocidad del culto al presente de individuos con vínculos cada vez más escasos con espacios de confrontación de proyectos ideológicos-políticos, y por ende de compromisos vitales de sujetos individuales y colectivos.

Las nuevas formas de socialidad, la interactividad generalizada, es aquella de la red, contenida en la red, postulada como ideología de transparencia, no jerárquica, igualitaria y libre. Esas “tecnologías del espíritu” (Sfez, 1999) cumplen un rol eminentemente político e ideológico, en tanto sirven a crear o reproducir relaciones de dominación en un triple juego de “distorsión, legitimación e integración”.

“La tecno-utopía se revela como un arma ideológica de primer orden en el tráfico de influencia, en vías de naturalizar la visión libre-cambiaria del orden mundial. Sólo la miopía de los tecno-libertarios para apoyar la representación de un Estado abstracto y maléfico, opuesto a aquel de una sociedad civil idealizada, espacio libre de comunicación entre individuos plenamente soberanos” (Mattelard, 2000: 26)

Una lectura crítica del nuevo espacio público, reconociéndolo como el lugar de las mediaciones y manipulaciones mediáticas e informáticas, nos revela una serie de interrogantes articuladas en torno a la polémica relación entre poder, comunicación e intersubjetividad presentes en las conceptualizaciones de Habermas (1979, 1987, 1989). Como sostiene el autor, el espacio público es condición de la formación discursiva de la opinión de los ciudadanos. Este “poder comunicacional”, que excluye toda dominación, es de naturaleza política y comporta tres ideas articuladas.

Este poder representa una capacidad de acción histórica o de acción colectiva: la capacidad de una colectividad de determinarse, producirse y transformarse ella misma se engendra de la movilización de sus miembros, quienes a través de sus discusiones públicas se hacen cargo de su destino, vía la autoorganización del cuadro simbólico y material de su existencia. La segunda idea es el poder político-administrativo, que es el medio de regulación del sistema político, el cual debe ser legitimado. Pero esta legitimación escapa al mismo sistema. Ella no puede hacerse sino a través de una discusión pública. La tercera idea es que en una sociedad diferenciada, donde los subsistemas funcionales se han constituido, ya no se pasa por la sumisión directa a las instituciones políticas, sino por el ejercicio de una presión externa sobre un sistema político autónomo. Esta presión no tiene otro soporte posible que la discusión pública, organizada según los principios (orden procedimental) de la ética de la discusión.

Habermas (1989: 43) asume así las “viejas concepciones liberales de un espacio público, espacio en el cual se puede cumplir la práctica comunicativa de una formación de la opinión y de la voluntad por vía argumentativa”. La discusión pública, la confrontación de los argumentos y el examen crítico de las pretensiones de una validez intersubjetiva devienen así una de las figuras comunicacionales de la reflexión crítica.

Los espacios públicos, democráticos y esencialmente políticos, constituirían lugares autónomos en la formación de opinión que no son controlados por la tutela del Estado; los espacios públicos democráticos se constituyen así en esferas de sentido, en formas de comunicación política.

Desde esta perspectiva, y en tiempos de masificación y serialización del espacio público, resulta problemática la expresión del poder comunicacional en la discusión pública, como respuesta de los ciudadanos autónomos libres de dominación a los desafíos de la diferenciación social, a los cambios estructurales de la esfera pública, reconocidos por el propio Habermas.

“La esfera pública poco a poco deja de ser la dimensión de exposición de cuestiones referentes al bien común para ser una dimensión social de exhibición discursiva mediática de posiciones privadas que se quieren hacer valer públicamente y para eso requieren del acuerdo plebiscitario del público” (Gomes, 1998: 167).

Ante el despliegue de intereses del mercado y el marketing político, es difícil defender el modelo de sujeto autónomo y libre capaz de ejercer su facultad de elección, el ciudadano que presenta la imagen modélica y consensual de la democracia.

En este contexto es difícil vislumbrar en la red espacios públicos como lugares de acción histórica del sujeto colectivo, tan desvitalizado como el sistema político, cuya prolongada crisis de legitimidad y representatividad no es más que un signo de su progresiva fragmentación. La posibilidad de lo público como esfera de aparición de la política pasa, como apuntaba Arendt, por la acción. El espacio público no preexiste a la acción de personas a la vez distintas e iguales. Es a partir de relaciones y prácticas sociales que adquieren significado las nociones de libertad, poder, justicia, democracia. Son los discursos y prácticas cotidianas en torno a objetivos comunes los que construyen diaria y cotidianamente representaciones colectivas, intersubjetivamente compartidas.

Lo político, la democracia

¿Qué impacto tienen para la democracia en Venezuela o para la del resto del continente, que atraviesa permanentes fases de crisis e inestabilidad política, los equipamientos simbólicos de la modernización y sus productos?

Intentar dar respuesta a esta cuestión requiere de un análisis que vaya más allá de la crítica a la masificación o la libertad de palabra que se defiende en Internet. Requiere adentrarse en la relación entre mediaciones tecnológicas y los cambios en la discursividad, en las competencias del lenguaje, en los nuevos modos de simbolización y ritualización, en la expresión de nuevas figuras de la socialidad y participación política, en la difusión de un modelo dominante de marketing en la comunicación política. El estallido de fronteras espaciales y temporales que los flujos audiovisuales y redes comunicacionales introducen en el campo cultural, entre razón e imaginación, entre saber e información, entre técnica y sentido común, entre lo real y lo virtual, constituye ejes reflexivos de gran interés para la teoría democrática.

Es clara la urgencia de evaluar una concepción de democracia simplificada a un conjunto de procedimientos, y no un régimen indisociable de los fines de la institución política, de la dinámica de sus actores y espacios sociales. “Una concepción de mero procedimiento de la democracia encuentra su origen en la crisis de las significaciones imaginarias que conciernen a las finalidades de la vida colectiva, y apunta también a ocultar esta crisis al disociar toda discusión relativa a esas finalidades de la forma del régimen, político, al eliminar en último caso la idea misma de tales finalidades” (Castoriadis, 1995: 65).

En el marco de la subordinación de la esfera pública al poder político, se requiere reivindicar el contra-poder del espacio público. Privilegiar el ámbito públi-

co persigue las claves que apuntan hacia la construcción de una política que se dice Otra, aquella que, en la democracia como sistema, como idea, como posibilidad, como actualidad, se construye y reconstruye continuamente en estos espacios. Aquella que reivindica la politización de los actores, la apropiación de las esferas de decisión, la construcción de procesos identitarios y de memoria colectiva.

Se trata de abordar desde una perspectiva psicosocial el ámbito de lo político entendido en su concepción más amplia, y no referido únicamente al ámbito estatal, al ejercicio del sufragio o las prácticas partidistas, es decir, a la política entendida como una actividad propia de la gente, de la vida cotidiana. Acercarse a este espacio de creación de objetos y significaciones, donde lo relevante no se ubica ni dentro ni fuera, sino entre los individuos, al nivel de la interacción, en el plano simbólico, cosa que implica “la comprensión (y narración) de los procesos (y contenidos) de creación (y destrucción) de símbolos (y significados) con los que una colectividad (o sociedad) concuerda su realidad” (Fernández, 1994: 95-96).

La idea es destacar al colectivo, más allá de la visión unidimensional del sujeto de la acción social. Lo político se encuentra allí donde la gente desarrolla una variedad de estrategias para enfrentar la racionalidad tradicional de exclusión y construye una diversidad de intersubjetividades portadoras de claras demandas de participación. Esta diversidad, que paradójicamente se afianza en la era de la globalización, representa un modelo de subjetividad que corresponde al polo opuesto del modelo liberal, el cual predica un sujeto auto-contenido, auto-delimitado, auto-controlado, girando en torno a una esfera de libertades privadas y de obediencia pública.

De allí la importancia de situar esta acción social en espacios socio-históricos particulares, de reconocer múltiples ámbitos de creación de sentido, de mundos de vida, de distintos campos simbólicos que exceden los marcos tradicionales de significación de la racionalidad política. “Democratizar nuestra sociedad significa hoy trabajar en el espesor de la trama cultural y comunicativa de la política”, como apunta Martín-Barbero (1999: 53).

No se trata pues del fin de lo político, tampoco de nostalgias por un sueño irrealizable. Tal vez se trate de repensar la política tanto desde los medios y mediaciones tecnológicas, como desde las fuerzas y movimientos sociales. Este es, quizás, el lugar de la acción esperanzada y politizadora, porque politizar es despertar el espíritu, según la hermosa expresión de Fanon.

Bibliografía

- Cardoso, Claudio 1999 “O corpo presente”, en Canelas, Antônio, Ione Ghislene y Milton Pinto (orgs.) *Comunicação e sociabilidade nas culturas contemporâneas* (Petrópolis: Editora Vozes).
- Castells, Manuel 1995 *La ciudad informacional* (Madrid: Alianza Editorial).
- Castells, Manuel 1999 *La era de la información. La sociedad red* (México: Siglo XXI).
- Castells, Manuel 2001 *Lección inaugural del programa de doctorado sobre la sociedad de la información y el conocimiento* (Barcelona: UDOC).
- Castoriadis, Cornelius 1995 “La democracia como régimen y como procedimiento”, en Leviatán (Madrid) N° 62, 65-83.
- Echeverría, Javier 1999 *Los señores del aire: Telépolis y el Tercer Entorno* (Barcelona: Ediciones Destino).
- Fernández Christlieb, Pablo 1994 “Psicología social, intersubjetividad y psicología colectiva”, en Montero, M. (coord) *Construcción y crítica de la psicología social* (Barcelona: Anthropos).
- Ferrás, G. 1997 “Radiografía mediática del fin de siglo”, en *Nueva sociedad* (Caracas) N° 147, 108-119.
- Gergen, Kenneth 1991 *The saturated self. Dilemmas of identity in contemporary life* (New Yor: Basic Books).
- Gomes, Wilson 1998 “Esfera pública política e media: con Habermas, contra Habermas”, en Canelas, Aantônio, Ione Ghislene y Milton Pinto (orgs.) *Comunicação e sociabilidade nas culturas contemporâneas* (Petrópolis: Editora Vozes).
- Habermas, Jürgen 1979 *Legitimation crisis* (London: Heineman).
- Habermas, Jürgen 1987 *Théorie de l’agir communicationnel* (París: Fayard).
- Habermas, Jürgen 1989 “La souveraineté populaire comme procédure. Un concept normatif d’espace public”, en *Lignes* (París) N° 7, 29-58.
- Halimi, Serge 2000 “Des ‘cyber-résistants’ trop euphoriques. Espace de démocratie ou nouvelle ségrégation”, en *Le Monde Diplomatique* (París) 27 de Agosto.
- Kroker, Arthur y Michael Weinstein 1994 *Data trash. The theory of the Virtual class* (Montreal: New World Perspectives).
- Lévy, Pierre 1997 *Cyberculture* (Paris: Editions Odile Jacob).

Maldonado, Tomás 1998 *Crítica de la razón informática* (Barcelona: Paidós).

Martín-Barbero, Jesús 1999 “El miedo a los medios. Política, comunicación y nuevos modos de representación”, en *Nueva Sociedad* (Caracas) N° 161, 43-56.

Mathias, Paul 1997 *La ciudad de Internet* (Barcelona: Bellaterra).

Mattelart, Armand 2000 “Comment est né le mythe d’Internet. Archéologie de la ‘société de l’information’”, en *Le Monde Diplomatique* (París) 26 de Agosto.

PNUD 1999 *Rapport mondial sur le développement humain* (De Boeck Université, París-Bruxelles).

Sefz, Lucien 1999 “Idéologie des nouvelles technologies. Internet et les ambassadeurs de la communication”, en *Le Monde Diplomatique* (París) 22-23 de Marzo.

Sodré, Muniz 1999 *Reinventando @ cultura. Comunicação e seus produtos* (Petrópolis: Editora Vozes).

Tellez, Magaldy 1996 “El auge del individualismo y el giro postmoderno de la distinción entre los espacios de lo público y lo privado”, en Lanz, Rigoberto *¿Fin del sujeto?* (Venezuela: Universidad de Los Andes/ FACES, U.C.V.).

Virilio, Paul 1997 *El ciber mundo, la política de lo peor* (Madrid: Cátedra).

Notas

1 El período de transición política que vive Venezuela actualmente, en el cual se destaca la emergencia de nuevos actores, espacios y discursos, constituye un escenario privilegiado para una relectura de la cuestión de lo público. Paralelamente a la multiplicidad de acciones desplegadas por individuos, grupos y organizaciones en plazas, avenidas, calles y otros espacios públicos, se han expandido desde diciembre de 1998 cantidad de redes que permiten a los sectores que tienen acceso a medios informáticos dialogar, posicionarse o hacer catarsis en torno a los temas de la actualidad política, y en especial acerca de la figura presidencial. Algunas de estas redes, en especial la red de veedores del proceso constituyente, establecieron en su momento mecanismos de consulta y formas de acceder a espacios gubernamentales o parlamentarios para hacer llegar sus propuestas.

Desde una aproximación psicopolítica, la investigación que intenta dar cuenta de este movimiento se inserta en un macro-proyecto denominado “Espacio público, democracia y vida cotidiana”, adelantado por la Unidad de Psicología Política del Instituto de Psicología de la Universidad Central de Venezuela.

2 La problemática referida a las posibilidades de las tecnologías interactivas y multimedia en la reconstrucción del orden democrático ha sido ampliamente discutida. Maldonado (1998) recoge la extensa bibliografía sobre el tema.

3 Algunos ejemplos de estas iniciativas en la red son:

<<http://www.el-cid.org>>
<<http://www.eurosur.org/TIPI/inkarri.htm>>
<<http://www.funredes.org/mistica>>
<<http://www.idrc.ca>>
<<http://www.weuniverse.com>>

4 A título ilustrativo veamos el resultado del “Internet User Survey de Venezuela” elaborado recientemente por Webmedia para caracterizar al usuario venezolano de Internet: “Hombre de clase media de 34 años de edad, soltero o casado, con grado universitario. Está empleado y recibe un ingreso mensual promedio de Bs. 1.150.000 (aprox. U\$S 1.700, al cambio del momento). Vive en Caracas y domina el idioma inglés (además del castellano). Tiene más de 2 años utilizando Internet. Posee fotocopidora a color y fax. Le gusta la música, leer libros, ir al cine, las computadoras, el baseball y el fútbol. Desde que está conectado a Internet, se siente más relacionado con personas similares a él y la búsqueda de información es su principal motivación. Ya ha probado alguna vez lo que es el comercio electrónico y está abierto a usarlo en tiendas virtuales venezolanas. Utiliza su computadora aproximadamente 42 horas a la semana para asuntos laborales, en correo electrónico, juegos y entretenimiento. Varias veces al día utiliza la web en lugar de ver televisión.

La publicidad en la www no le molesta en absoluto, aunque con poca frecuencia hace “click” sobre los banners. Califica como negativa la gestión de gobierno de Hugo Chávez; le gustan la democracia y la libertad económica absolutas, por lo que no está de acuerdo con controles de precios, controles de cambios e inamovilidades laborales. En cuanto a PDVSA (Petróleos de Venezuela), se muestra de acuerdo con algún grado de privatización de esta empresa”. Obviamente este usuario “típico” no forma parte del 80% de la población venezolana que sufre condiciones de pobreza.

5 Debido al carácter no lineal de la lógica hipertextual, la única guía utilizada para navegar en la red ha sido la idea de lo político. Dada la imposibilidad de manejar la gran cantidad de información encontrada, hemos hecho seguimiento a lo largo de dos años de seis sitios de interés político en Venezuela:

<<http://www.analitica.com>>
<<http://www.venezuela-hoy.com>>
<<http://www.daleduro.com>>
<<http://www.webmediaven.com/forum>>
<<http://www.antiChávez.com>>
<<http://www.comandantechávez.com>>